

sus calles principales no solo de día, sino también en la noche, como en esa vez tuvimos ocasión de observarlo; además, la iluminación que tan profusamente se ve en esta ciudad, contribuye mucho á dar á los paseos de noche, un gusto y atractivo particular, varias veces habíamos salido á esas mismas horas á dar una vuelta por Broadway, y al contemplar su animación, al pararnos delante de sus aparadores, tan perfectamente adornados, y tan bien estudiado el efecto de la luz sobre los objetos, para realzar su mérito y atractivo, nos era sensible dejar temprano nuestro paseo, á pesar de que la estación como lo hemos ya manifestado era bastante cruda.

La tarde que fuimos al Parque Central se presentó hermosísima, y para gozar mejor, tomamos los carruajes abiertos: pronto notamos que había en ellos pieles, que por lo pronto juzgamos innecesarias, pero luego nos desengañamos; pues apenas nos internamos en el campo, cuando se soltó un aire frío tan molesto y penetrante que nos hacía temblar, y tuvimos al instante que hacer uso de las pieles; pues aunque nuestros abrigos eran ya los de la estación, en el Norte la fuerza del frío no puede compararse nunca con el de nuestros climas.

Al llegar al hotel lo primero que hicimos fué

sentarnos cerca de una chimenea, y á las once nos dirijimos á nuestras piezas; pero aquella noche hacia un frío mayor que el de costumbre, y sintiendo en ellas una temperatura molesta, llamamos al Stuart mandándole que hiciese fuego en las estufas del cuarto, así lo efectuó, y las piezas pronto se calentaron al gusto, y aun fué preciso que el sirviente quitara el fuego, y no dejara mas que lo necesario; entónces pudimos reposar tranquilamente, era ya una hora avanzada de la noche.

Cumpliendo con la promesa que hicimos de hablar algo de nuestras relaciones en Nueva-York, vamos á hacerlo con el objeto de dar á conocer el carácter y las costumbres de este país.

La familia tenía ya en esta ciudad estensas relaciones; algunas contraídas en el tiempo en que nuestro querido padre con el carácter de Ministro Plenipotenciario de México permaneció años antes en Washington, y nosotras pudimos notar con motivo de estas amistades, el trato fino y sociable de la sociedad americana, y la injusticia con que muchos la tratan de áspera y grosera, pues no fué eso ciertamente lo que vimos, sino todo lo contrario.

Nuestros amigos se portaron con la mayor finura y afabilidad; nos visitaban casi todos los días

sin esperar correspondencia en las visitas, cosa que se hace tan difícil en un viaje, sobre todo por la falta de tiempo: pero nuestros conocidos y simpáticas amigas no eran personas exigentes, y se conformaron con solo una visita que les hicimos durante nuestra permanencia en Nueva York haciéndonos ellas en cambio muchas, que agradecíamos sobre manera, pues nos probaban su fina amistad.

Muchas veces venian por nosotras para que saliésemos juntas: el reunirse para pasear es una costumbre en los Estados Unidos casi general, y por eso se ven con frecuencia multitud de jóvenes, ó niñas siempre en grupos animados en los paseos y en el campo.

Las americanas gozan de una libertad absoluta, y son muy independientes en su caracter, en el seno de una misma familia cada una de las personas que la componen tienen una religion diferente muchas veces; y por consiguiente distintas prácticas, creencias y costumbres; el uno, sin embargo no hostiliza al otro, y reina entre ellos la mayor y mas imperturbable armonía.

Las jóvenes salen solas, y muy amenudo viajan de la misma manera; no por esta libertad excesiva sin embargo, son en su trato ligeras y en su conducta sospechosas; por el contrario, las nor-

te-americanas, tienen el candor y el recato de la virtud, y la modestia de una honrada joven.

Se ven solas por todas partes, mas no por eso faltan á sus deberes, ni cometen acciones poco dignas y decorosas: verdad es que los hombres por su parte, saben respetar á la mujer digna, y jamás se atreven á tomarse con ella libertad alguna.

Los matrimonios en Norte América se hacen mas bien que por amor, por interés, por conveniencia; y mas que obra de los jóvenes, se arreglan generalmente por las familias.

¡Qué costumbres tan poco gratas y agradables!

No es el corazón el que decide allí de la felicidad de la vida!

Las pobres jóvenes no gozan de las suaves delicias que tan solo proporciona un puro y desinteresado amor!

No tratamos sin embargo de decir por esto, que el amor sea un sentimiento desconocido en los habitantes de los Estados Unidos, no; allí como en todas partes existe; pero no es por desgracia, el que comunmente preside los matrimonios, y son muy raros, rarísimos, los que se verifican bajo su dulce influencia.

La raza sajona regularmente es mucho mas

fría que la latina en sus sentimientos, y por esta causa los norte-americanos participan de la frialdad de su clima y de su raza.

En cuanto á sus costumbres, en la alta sociedad son puras é intachables, en los otros círculos sociales también se ve desmoralización y corrupción como en todas partes.

A nosotras nos agradó sobremanera el trato de muchas familias.

Los hombres son corteses y galantes, las señoras finas y sociables.

En esos países jamás una niña pisa un salón de reunión antes de que su edad le permita hacer su entrada en el mundo; pero con nosotras se hicieron raras excepciones en los Estados Unidos, que como es natural nos halagaban sobremanera, prestándonos nuevos motivos de goce y de placer.

A pesar de ser entonces unas niñas de muy corta edad, no fuimos escluidas de ningún convite de los que se dieron á nuestra familia, y con ella tuvimos el gusto de concurrir á todas las invitaciones. Sin embargo, debemos decir que estas no tenían un carácter oficial, y que más bien eran íntimas; pero como todo es serio entre los norte-americanos, aun lo que tiene un carácter de suma confianza, por eso no podíamos mé-

nos que estar reconocidas á las distinciones que respecto de nosotras se hacían.

En el día, como hemos dicho ya, recibíamos á nuestras finas amigas, ó paseábamos con las que venían á buscarnos, yendo juntas á todas partes; por la noche regularmente teníamos alguna invitación, á la que concurríamos llenas de alborozo y de contento.

¡Cuán grata nos fué nuestra permanencia en Nueva York! ¡Cuán veloces trascurrieron para nosotras los días que allí estuvimos!

Gratas y frecuentes comidas, unas en hoteles y otras en casas particulares; soirées musicales, muy agradables; téés animados, y preciosos conciertos; hé aquí las invitaciones de que fuimos objeto en Nueva York.

Si la descripción de estos convites pudiera prestar algún interés á nuestros lectores, no vacilaríamos en hacerla; mas temerosas de cansarlos, mas bien nos abstenemos, contentándonos con describir ligeramente lo grato que nos era presenciar esas fiestas de confianza.

Si hubieran tenido otro carácter serio, nos habría sido imposible concurrir, aun cuando se nos hubiese obsequiado con alguna indicación particular; pero siendo familiares, nos llevaba consigo la familia.

Las reuniones se componian generalmente de veinticinco á treinta personas, todas de la familia, ó de mucha confianza.

El traje de los señores siempre era muy apropiado y sumamente aseado; el de las señoras regularmente muy ligero á pesar del invierno; como se supone que las salas de recepcion deben estar todas perfectamente calentadas, pueden llevar con toda confianza los trajes mas ligeros y vaporosos.

Los vestidos blancos ó negros son muy del gusto de las norte-americanas, y por cierto que no tienen mala eleccion, pues que ellos les favorecen extraordinariamente; atendida la frescura de su tez y la belleza de sus colores.

Hubo algo que nos llamó mucho la atencion en estas reuniones, y fué el notar que las señoras americanas, sobre todo las de mas edad, se componian y adornaban mucho mas que las jóvenes; esto no pudo pasar con indiferencia ante nosotras, puesto que las costumbres de nuestro país son del todo diversas, y cada señora nueva, en la que fijábamos la vista, nos ofrecia un nuevo modelo de elegancia y compostura. Los colores mas claros eran los preferidos; no podíamos acostumbrarnos á esto, hasta que nos fué dada la razon

por una de estas mismas señoras, que conversando con mamá, le decia:

«Figúrese vd. señora, que muchos extranjeros critican la costumbre que tenemos de usar los vestidos claros, y de componernos con mas elegancia que las jóvenes; en Inglaterra tiene vd. muy desarrollada esta constumbre, que á la verdad nos parece muy buena y natural, y cuya explicacion es muy sencilla. Las jóvenes no necesitan del adorno para estar bien; su fresco cutis, sus colores envidiables, su natural gracia, su atractivo particular les hace ganarse las simpatías y las lisonjas de la sociedad entera, ellas son siempre generalmente admiradas, y entre mas sencillamente se encuentren adornadas, son mas del agrado del público ¿por qué? por la muy sencilla razon de que su hermosura, siendo natural, no necesita de afeites para lucir y llamar la atencion, ¡cuántas veces el adorno en vez de hacer favor, quita á la jóven su belleza si es excesivo!... ella con su infantil semblante, con su mirada dulce, con sus nacarados labios, desprecia todo adorno que quisiera venir á rivalizar con sus naturales gracias; no sucede lo mismo con las personas de una edad ya madura y avanzada; en ellas se ha perdido ya todo atractivo exterior: sus semblantes surcados por las huellas del tiempo: sus

cabellos encanecidos, sus ojos apagados, sus labios lívidos, todo marcando la pérdida de la frescura, no puede menos que ofrecer un aspecto desagradable. Para ser pues de la aceptación del público, para agradar mas á una sociedad tan fija siempre en las exterioridades, es preciso adornarnos, y suplir con la invención de la moda todo lo que nos falta; presentarnos aseadas y con vestidos claros mas bien que oscuros, manifestando con ellos que hemos sido en otros tiempos lo que ahora ya no somos, y que no por eso debemos sepultarnos en una oscuridad que no podria menos que degradarnos; no, las personas de cierta edad necesitan adornarse mas que las jóvenes, porque deben suplir con la compostura lo que la edad les ha quitado.

Nosotras escuchamos con gusto esta conversacion, y comprendimos que en efecto tenia razon en lo que manifestaba.

No sucede una cosa igual en nuestros países, y por cierto que es verdaderamente de lamentarse; aqui, si alguna señora de alguna edad se adorna, usa de trajes claros, sombrero, rizos, etc., se convierte en el bufon aun de las personas cultas.

Las señoras de su misma edad la critican, y atacan á capa y espada, como suele decirse, ma-

nifestándose mutuamente admiradas de lo que su compañera ha hecho.

Esa señora tiene sus miras, dice la una; quiere llamar la atencion, murmura la otra; pero ¡qué horror! exclama un grupo de vagos, de esos que no tienen mas ocupacion que *cortar* al prójimo; ¡cómo no se ha de encontrar nuestra sociedad desmoralizada, cuando las mismas personas, que debian por su conducta poner un dique á ella, no hacen mas que dar á la juventud los mas perniciosos ejemplos!..... ¡esto es escandaloso!.... horrible!.... espantoso!.... y muchas veces llegarán hasta cubrirse la cara, por no ver á la digna señora vestida de la manera que le corresponde.

Si pasamos á observar la conversacion, y la actitud que guardan las jóvenes, no tendremos que admirarnos ménos; no querriamos citar sus risas burlescas, sus ademanes y conversaciones dobles, porque realmente da compasion ver ciertas cosas! Se debe siempre respetar la edad, y no quitarle los derechos que justamente tiene ocasion de reclamar. No queremos decir con esto, que todas las jóvenes sin excepcion se encuentren en el número de las que hemos bosquejado; afortunadamente en la primera sociedad de nuestro amado país la civilizacion se halla ya muy desarrollada y no carece de ilustracion; pero

hay por desgracia jovencitas del día, y colegialitas de la época, en quienes se ven y oyen cosas muy dignas de censura; defectos que son muy impropios de una señorita.

De los señores nada decimos; porque tienen mucho en que ocuparse para meterse en estas pequeneces.

Y no se crea que, al hablar con tanta franqueza sobre algunas de las costumbres de nuestro país, queremos singularizarnos y hacer el papel de censoras; no, nuestra intencion muy léjos se halla de querer ofender en lo mas mínimo á nuestras queridas compatriotas.

México ha sido siempre para nosotras el país querido de nuestro corazón, y sus bellas hijas, las simpáticas mexicanas, el tierno objeto de nuestros afectos mas delicados.

Si nos hemos excedido algo en nuestro lenguaje, si hemos usado de alguna energía para censurar ciertos actos, ha sido impulsadas tan solo por el amor patrio, con el objeto de poner en relieve ciertos defectos, para que corrijiéndose y viéndose con los ojos, con que los ve una sociedad ilustrada y llena de cultura y urbanidad, se corrijan, á fin de que en nada se rebaje el buen nombre de nuestros compatriotas queridos, y los extranjeros no tengan motivo para imputarnos

atraso, ignorancia y falta de cultura; porque las faltas de una que otra persona se toman por reglas generales, y se hacen trascendentales á toda la sociedad.

Fácilmente convendreis con nosotras, en que comunmente se cometen grandes faltas de educacion, que son las que nos han dado materia para tocar este punto. Si habeis estado en el extranjero, ¿no habeis escuchado con el corazón encendido en cólera y lleno de indignacion, hablar con el mas alto desprecio de la educacion, de las costumbres, y del estado de nuestro país?

¡Ah! son momentos de horrible tortura, por los que pasa el que siente latir su corazón lleno de amor patrio, y de sentimientos delicados y nobles! mas es tiempo ya de concluir estas ligeras observaciones y pinceladas, con que hemos procurado presentar en pocas palabras algunos de los rasgos mas prominentes de la sociedad norteamericana.

No somos en esta materia mas explícitas, porque claro y al alcance de todos está el adelanto de esa nacion, su ilustracion, la instruccion y mérito que brilla en las diferentes clases sociales, y en fin el lugar que ocupa por su adelanto, por su industria, y por su marcha progresiva en el mundo civilizado.

En los Estados Unidos hay extranjeros de todos los países, y esto ha contribuido mucho á su progreso y adelanto, porque la emigracion europea siempre ha sido provechosa en todas partes.

Eran ya los últimos dias que pasábamos en Nueva York, cuando fuimos invitados por Marta, para pasar un dia á su lado. Aceptamos gustosas la invitacion, y fué entonces cuando nuestra buena amiga nos terminó el relato de su interesante historia, que nosotras nos apresuramos á referir á nuestros lectores, pues los juzgamos interesados en saber, cuál fué el fin de nuestra simpática y desventurada amiga.

Sin embargo, como su conversacion no fué tan pequeña, debemos concluir este capítulo, para dar principio al siguiente con el término de su historia.

CAPITULO XVI.

Últimos dias de nuestra permanencia en Nueva York. Termina Marta la relacion de su historia. Nuestra visita al cementerio de Bronklyn: impresiones, y objetos que llaman la atencion; ornato de algunos sepulcros, y sencillos adornos de otros. Cartera encontrada en el césped cerca de un sepulcro.

Los últimos dias que se pasan en una poblacion son siempre fatigosos, porque entonces como que lo queremos abarcar todo, y si nos ha faltado algo que visitar, no descansamos hasta tener la satisfaccion de decir, hemos visto lo mas notable de esta ciudad.

Esto era lo que á nosotras nos sucedia; y por mas que distribuíamos desde temprano el tiempo, este se nos hacia pequeño, para poder llenar todos nuestros deseos.

Como hemos dicho á nuestros lectores, á pesar del poco tiempo que nos quedaba ya de permanencia en Nueva York, habíamos ofrecido